



M^a Isabel del Val Valdivieso
Juan Carlos Martín Cea
David Carvajal de la Vega
(Editores)

EXPRESIONES DEL PODER EN LA EDAD MEDIA

Homenaje al profesor Juan Antonio Bonachía Hernando



**EXPRESIONES DEL PODER
EN LA EDAD MEDIA**

**HOMENAJE AL PROFESOR JUAN ANTONIO
BONACHÍA HERNANDO**

Val Valdivieso, María Isabel del

Expresiones del poder en la Edad Media : homenaje al profesor Juan Antonio Bonachía Hernando / M^a Isabel del Val Valdivieso, Juan Carlos Martín Cea, David Carvajal de la Vega. Valladolid : Ediciones Universidad de Valladolid, 2019

664 p. ; 24 cm. Historia y sociedad (Universidad de Valladolid) ; 221

ISBN 978-84-1320-030-9

1. Poder (Ciencias sociales) - Edad Media - Discursos, ensayos, conferencias.
2. Bonachía, Juan Antonio - Discursos, ensayos, conferencias. I. Martín Cea, Juan Carlos. II. Carvajal de la Vega, David. III. Bonachía, Juan Antonio, homenaje

M^a Isabel del Val Valdivieso
Juan Carlos Martín Cea
David Carvajal de la Vega
(Editores)

EXPRESIONES DEL PODER EN LA EDAD MEDIA

HOMENAJE AL PROFESOR
JUAN ANTONIO BONACHÍA HERNANDO



EDICIONES
Universidad
Valladolid^{de}

LOS BANQUETES DEL CONDESTABLE LUCAS DE IRANZO: CONSIDERACIONES SOBRE SU FUNCIÓN EN LA CULTURA POLÍTICA CASTELLANA DEL SIGLO XV

Juan Carlos MARTÍN CEA
Universidad de Valladolid

Una de las facetas que recuerdo con más cariño de Bona era la forma en que disfrutaba y nos hacía disfrutar a todos en la mesa; comer con él, tanto si se trataba de hacerlo en un bar, como en un restaurante o en esas comidas que preparaba con esmero en su casa, resultaba de lo más agradable, porque no sólo sabía generar un ambiente cálido y confortable sino que además siempre lograba contagiarte su entusiasmo cuando le gustaba particularmente un plato; por eso, desde el primer momento en que se planteó llevar a cabo este homenaje, tuve muy claro que mi contribución tendría que girar necesariamente en torno a algún tema relacionado con estos escenarios que Bona iluminaba con su presencia.

Pero, más allá de mi relación personal y de la indeleble huella que me dejó su amistad, Juan Antonio Bonachía fue también un magnífico historiador; su figura y su obra son suficientemente reconocidas dentro del ámbito del medievalismo hispánico, por lo que no creo que sea necesario detenerme aquí a enumerar sus méritos; no obstante, pienso que uno los trabajos más celebrados dentro de su bibliografía fue el que dedicó al estudio del honor en el imaginario urbano de la ciudad de Burgos¹; me consta que él se sentía particularmente orgulloso del mismo —y eso también lo comentamos más de una vez en la mesa—, porque en él abordaba una de las

¹ BONACHÍA HERNANDO, J. A., «“Mas honrada que ciudad de mis reinos...”». La nobleza y el honor en el imaginario urbano (Burgos en la Baja Edad Media)», en BONACHÍA HERNANDO, J. A., (coord.), *La ciudad medieval. Aspectos de la vida urbana en la Castilla bajomedieval*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, Universidad de Valladolid, 1996, pp. 169-212.

preocupaciones más recurrentes en su dilatada actividad investigadora: la problemática que rodeaba al ejercicio del poder en la Castilla tardomedieval y las diferentes justificaciones que utilizaban los poderosos para mantener su dominación social. Confieso que a mí este trabajo me influyó enormemente —y, de hecho, aún figura entre mis favoritos—, por lo que he decidido incorporar dicho enfoque a la hora de redactar estas páginas en su memoria. De modo que, puestos a relacionar honra, comida y poder en el contexto de la Castilla bajomedieval, no he encontrado mejor referente que el que nos proporciona el mundo nobiliario y, en este terreno, brilla con luz propia la crónica del Condestable Miguel Lucas de Iranzo, una de las más ricas y expresivas al respecto.

1. “LOS FECHOS DEL CONDESTABLE DON MIGUEL LUCAS DE IRANZO”. LA CRÓNICA, EL PERSONAJE Y SU VALOR PARA LA HISTORIA CULTURAL

Estrictamente hablando, “*La relación de los fechos del muy magnífico e más virtuoso señor, el señor don Miguel Lucas, muy digno Condestable de Castilla*”, más conocida, gracias a la edición de J. de Mata Carriazo, como “*Los hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo*”², no constituye, desde el punto de vista del género literario, ninguna novedad; muy por el contrario, forma parte de ese conjunto, cada vez más en boga en el siglo XV, de crónicas privadas que encargaban distintos dignatarios de la nobleza castellana para enaltecer su figura. En este sentido, su paralelismo con otros textos precedentes, como “*El Victorial*” de don Pero Niño o la “*Crónica de don Álvaro de Luna*”, por citar tan sólo dos de los ejemplos más destacados, no puede ser más evidente; de hecho, la crónica de Lucas de Iranzo comparte con ellos muchos rasgos en común, entre los que sobresale particularmente el deseo de legitimar políticamente al protagonista del relato, algo que en el caso concreto que nos ocupa resultaba especialmente necesario, dados sus orígenes más bien humildes y su meteórico ascenso social. Se entiende, por tanto, que a la hora de biografíar al personaje, la crónica adquiriera un tono laudatorio, en el que se destacan constantemente las múltiples cualidades que reúne el Condestable, muchas de las cuales, de nuevo, coinciden con las reflejadas en otras crónicas privadas y con los valores que supuestamente definían el ideal de comportamiento nobiliario que exaltaba la cultura política castellana del siglo XV; así, por ejemplo, Lucas de Iranzo se nos presenta como un virtuoso y devoto caballero, que cumple estrictamente los preceptos religiosos, guardando todas y cada una de las fiestas del ciclo litúrgico, manteniendo la castidad con su desposada, Teresa de Torres, hasta la consumación del matrimonio religioso o protegiendo y beneficiando constantemente a los clérigos con los que se reúne de forma habitual; se resaltan también sus habilidades guerreras y su tenacidad para acaudillar las campañas militares contra los musulmanes, algo, en principio,

² *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo: (crónica del siglo XV)*, edición y estudio de CARRIAZO Y ARROQUIA, J. de M., Madrid, Espasa Calpe, 1940.

inherente a su cargo –no olvidemos que el Condestable debía actuar como “*presidente, ductor e governador de todas sus huestes, exércitos, legiones e reales de Castilla*” así como figurar “*a la avanguardia*”³ siempre de las tropas—, pero que Lucas de Iranzo parece ejecutar con particular brillantez; es, asimismo, uno de los más leales y fieles vasallos del monarca, Enrique IV, al que siempre defendió frente a los ataques de la liga encabezada por el Marqués de Villena, don Juan Pacheco, y al que apoyó firmemente y sin fisuras tras la proclamación del príncipe Alfonso como nuevo rey de Castilla en la farsa de Ávila en 1465, hasta el punto de que, como la propia crónica reconoce, “*se decía por muchos que por el dicho señor Condestable su alteza reynaua en Castilla*”⁴; y, todo ello, a pesar de sufrir más de un desaire personal de Enrique IV, que Lucas de Iranzo procura sobrellevar con prudencia y discrección; y, por supuesto, es además un magnífico anfitrión, un hombre culto y refinado, amante de los libros y el teatro, escritor y aficionado incluso a componer canciones y, sobre todo, un modelo de caballero “*honrado*”, que sabe comportarse como tal en todo momento y en toda circunstancia por más difícil que esta sea, como, por ejemplo, cuando tiene que asistir a la muerte repentina de su amada hija Luisa, fallecida nada más cumplir los cinco años⁵.

Hasta aquí podríamos decir que su retrato encaja plenamente con el ideal que encontramos reflejado en otras crónicas similares de la época; sin embargo, hay determinados aspectos dentro de “*Los hechos*” que se alejan del discurso al uso e introducen significativas novedades; uno de ellos, resaltado habitualmente por la historiografía⁶, es el énfasis que el cronista o los cronistas⁷ ponen en destacar la imagen de Lucas de Iranzo como espejo del perfecto gobernante; de hecho, son constantes las alabanzas a su “*buena administración y gouernación*” en Jaén, ciudad en la que ostenta por delegación real la máxima autoridad desde el año 1461; su preocupación para

³ IDEM, pp. 10-11.

⁴ IDEM, p. 283.

⁵ La pequeña falleció fulminantemente el 8 de enero de 1470, “*de un açidente que los físicos llaman epilensia*”, pero “*como el dicho señor Condestable fuese cauallero de tan grande coraçón, tan varonilmente lo reçibió, e con tan buen semblante y continençia, aviendo por bueno todo lo que Dios nuestro señor quería facer... de sus palabras y actos reçibían todos consuelo*”, en “*Hechos...*”, p. 411.

⁶ Véanse, por ejemplo, RODRÍGUEZ MOLINA, J., *La vida en la ciudad de Jaén en tiempos del Condestable Iranzo*, Jaén, Ayuntamiento de Jaén, 1996; MARTÍN ROMERO, J. J., «El Condestable Miguel Lucas en su Crónica», *Revista de Filología Española*, 2011, XCI, 1º, pp. 129-158; o JÓDAR MENA, M., «La imagen de Miguel Lucas de Iranzo: un cortesano precursor del Renacimiento en el Reino de Jaén a finales del siglo XV», *Millars*, 2012, XXXV, pp. 69-91.

⁷ El tema de la autoría de la crónica ha suscitado numerosas discusiones entre los especialistas; un reciente estado de la cuestión, en el que se recogen las principales aportaciones al respecto puede encontrarse en SORIANO, C., «¿Autor o autores en los *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*?», en TORO PASCUA, M. I. (ed.), *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval : (Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)*, Salamanca, Biblioteca Española del Siglo XV, 1994, pp. 1037-1047.

hacerla más “*ennobleçida y onrada*” y lograr que “*resplandeçiese entre todas las otras çibdades destos reynos.. como si fuese... otra Roma o Athenas, en la justiçia e buen regimiento*”⁸ queda plasmada en numerosas partes del texto, en las que se exalta su prudencia y equidad a la hora de administrar justicia, su empeño en mejorar las condiciones de vida de los jiennenses con una ambiciosa política de obras públicas, sus esfuerzos por acrecentar la nómina de los caballeros urbanos, su participación directa y personal en la elaboración de “*muchas y buenas ordenanças, en grande onrra y prouecho de la dicha çibdad*”⁹, sus afanes por erradicar los conflictos y desavenencias entre los vecinos, su labor en la defensa urbana y sus desvelos para garantizar la seguridad de la población frente a los ataques de los moros o de sus rivales políticos y hasta su llamativa y peculiar inquietud por hacerse con los servicios de un maestre de gramática sevillano “*para que a todas e qualesquier personas del obispado de Jahén que quisiesen aprender les abezase*”¹⁰; es, en suma, un permanente referente del “*buen gobierno*”, que actúa siempre guiado por la premisa de promover el “*bien común*”, un concepto que está llamado a figurar entre los grandes objetivos de la nueva cultura política que se está configurando en esta época¹¹, pero que pocas veces encontramos tan inmejorablemente reflejado como en esta crónica.

La segunda aportación que introducen “*Los hechos*” y que le confieren de nuevo un carácter singular tiene que ver con la extraordinaria importancia que se concede en el texto a la descripción de los eventos y las fiestas cortesanas; por supuesto que estos actos aparecen con frecuencia recogidos en otras muchas crónicas, pero nunca antes habían gozado de semejante protagonismo ni habían sido utilizados con tanta intensidad para dignificar la vida de un personaje como en el relato de Lucas de Iranzo; gracias a ello, poseemos un fresco inigualable de las costumbres, gustos y tradiciones que impregnaban la actividad cotidiana en las cortes nobiliarias de la Castilla bajomedieval; más aún, las descripciones de las fiestas y ceremonias que se prodigan en “*Los hechos*” no sólo arrojan luz sobre los integrantes de las élites sino que además permiten asomarse a ese otro mundo más desconocido en el que se desenvuelven las gentes del común. Y es que raras veces tenemos la fortuna de comprobar, como en este caso, que, de una forma u otra, también ellos participaban en dichas celebraciones, en las que incluso llegaban a actuar en un papel estelar, como ocurre, sin ir más lejos, en los festejos del carnaval o en las extravagantes y simpáticas batallas de huevos que se desarrollaban para conmemorar el lunes de Pascua de las que nos haremos eco en las páginas siguientes. La meticulosidad con la que se detallan estos acontecimientos, su peso en el conjunto de la obra, hacen que la misma se convierta en uno de los

⁸ *Hechos del Condestable*, p. 224.

⁹ IDEM, p. 214.

¹⁰ IDEM, p. 453.

¹¹ Sobre esta cuestión, véase LECUPRE DESJARDIN, E. y VAN BRUANE, A.-L. (eds.), *De bono Communi. The discourse and practise of common god in the european city (13th-16th c.)*, Turnhout, Ed. Brepols, 2010.

testimonios más ricos y expresivos para el estudio de la cultura medieval y, como tal, ha sido utilizada por numerosos investigadores¹², aunque sigo pensando que su potencial permite acometer nuevas exploraciones al respecto; a tal efecto, nosotros hemos elegido uno de sus ingredientes, los banquetes, para mostrar cómo estos eran utilizados por el condestable en diferentes contextos y situaciones como testimonio de su prevalencia socio-política.

2. LOS BANQUETES DEL CONDESTABLE: UNA DEMOSTRACIÓN DE SU PODER, DE SU “HONRA” Y DE SU BUEN HACER COMO GOBERNANTE

Como acabamos de señalar, las fiestas ocupan un lugar de honor dentro del relato general de “*Los hechos...*” —prácticamente un tercio de la obra— y es tal la trascendencia que sus redactores las otorgan que se ven obligados a dedicar dos capítulos en exclusiva para describir “*la forma y orden quel dicho señor Condestable tenía en todas las dichas fiestas, e sus çirimonias, e los conbites e salas que de cada vn año ordinariamente acostunbraua facer*”¹³; pero como, a su vez, se insinúa en el texto, no hay festejo que realmente se precie que no venga acompañado de un banquete; los “*conbites*”, las “*salas*”, en las que se come, se baila, se canta, se bebe y se asiste además a espectáculos de “*momos*”, “*locos*” y entremeses, forman parte de la cultura nobiliaria del siglo XV y han llegado a convertirse en uno de los ingredientes más determinantes para mostrar la relevancia y el prestigio social alcanzado por cada dignatario; por eso, no es raro que se genere también una notable competencia entre ellos para determinar quién consigue organizar las ceremonias más deslumbrantes, los banquetes más ostentosos o los entretenimientos más memorables¹⁴.

Pues bien, hay que reconocer que en este terreno Lucas de Iranzo se desenvolvía con particular brillantez. Sus festines, sus agasajos, escalonados a lo largo del año, encandilaban a propios y extraños no sólo por la abundancia y generosidad de la que se hacía gala, sino sobre todo por exquisito esmero con que se desarrollaban. De hecho, cada fiesta, cada banquete, se preparaba con todo lujo de detalles: desde la elección de los escenarios, decorados y engalanados primorosamente para cada celebración, hasta el servicio y la disposición de las mesas, atendidas individualmente por un “*maestresala*” con sus “*trinchantes e seruidores*” para que no “*ouïese desordenança*

¹² Dadas las dimensiones de este artículo, no podemos detenernos a enumerar los abundantes trabajos que existen sobre dicha crónica; para ello nos remitimos a los citados en la nota 6 o a los contenidos en LADERO QUESADA, M. A., *Las fiestas en la cultura medieval*, Barcelona, Editorial Areté, 2004, p. 208.

¹³ *Hechos del Condestable*, p. 183.

¹⁴ Lo hemos expuesto con más profusión en MARTÍN CEA, J. C., «Entre platos, copas y manteles. Usos y costumbres sociales en torno a las comidas en la Castilla bajomedieval», en MARTÍN CEA, J. C. (coord.), *Convivir en la Edad Media*, Burgos, Dosssoles, 2010, pp. 253-282, en especial en las pp. 260 y ss.

*ninguna*¹⁵, pasando, por supuesto, por la selección de la vajilla, aparejada siempre en espectaculares aparadores, y por el acompañamiento de “*tronpetas e atabales e cherimias*” que tocaban al son de cada “*copa y a cada manjar que trayan*”¹⁶; todo, pues, se mimaba con pulcritud, a menudo bajo la supervisión directa del propio condestable, para dejar patente su “*grande liberalidad y franqueza*”¹⁷; es más, la importancia que Lucas de Iranzo confiere a las comidas llega a tal extremo que es capaz de hacer venir a un “*cocinero suyo*” a Córdoba para preparar en secreto un menú, compuesto de “*muchos sáualos e otros pescados frescos* —porque era miércoles de ceniza— *e muchas conseruas de diaçitrón e confites e dátiles e palmitos e otras muchas frutas*”, y llevárselo guisado a lomos de “*çiertas acémilas*” hasta la villa del Carpio para recibir a Juan de Fox, embajador del rey de Francia¹⁸.

Por lo demás —y aunque este aspecto resulta, si cabe, más conocido—, no deja de sorprendernos la extraordinaria prodigalidad con la que se suceden los banquetes en la corte del condestable a lo largo del año. Las fiestas se inician, de hecho, durante el largo periodo navideño —entre el 24 de diciembre y el día de Reyes—, una época en la que se alternan los diferentes convites a las autoridades locales con las representaciones teatrales, los bailes, los actos litúrgicos y, desde luego, los juegos de dados que tanto encandilaban a las gentes medievales; a continuación, y después de celebrar festividades como la de San Antón o la Purificación de la Virgen, llegaban los excesos típicos del carnaval que culminaban “*el martes de Carnestolliendas a la noche*” con una estrafalaria batalla de “*calauaças*” a la que acudían “*todos los ortelanos de la çibdat con paueses e amaduras de cabeça... dándose con ellas fasta que no quedaua ninguna sana*”; tras las risas y las innumerables chanzas, el festejo se cerraba con una “*colaçión para todos... de muchas aves e cabritos e pasteles e tortas de hueuos rebueltas con toçino e muy finos vinos*”¹⁹; una vez pasada la Cuaresma, llegaba la Pascua de Resurrección, que se recibía con la tradicional comida del cordero asado el domingo en su palacio y continuaba, al lunes siguiente, con un banquete multitudinario al que convidaba “*a las dignidades de la iglesia mayor e a los canónigos e a los regidores e jurados e caualleros e escuderos*” de Jaén y en el que invitaba además a degustar “*el hornazo, de muchas aves e pasteles e quesadillas, e caçuelas e muchos hueuos cocidos, e muy finos vinos blancos e tintos*” a los hortelanos y a las gentes del común jiennenses que protagonizaban un nuevo simulacro de batalla burlesca arrojándose miles de huevos cocidos desde “*vn castillo de madera*”, con el que aparentaban llevar a cabo un asalto²⁰. La Pascua de Pentecostés se festejaba de nuevo con un banquete el domingo

¹⁵ *Hechos del Condestable*, p. 157.

¹⁶ IDEM, p. 155.

¹⁷ IDEM, p. 153.

¹⁸ IDEM, pp. 33-34.

¹⁹ IDEM, pp. 163-164.

²⁰ IDEM, pp. 165-166.

y al lunes siguiente con una “sala” o comida colectiva que se “*facía en el prado*” de la Fuente de la Peña, en las afueras de Jaén; para ello, el condestable levantaba “*vna grande ramada*” de campaña en la que se ubicaban “*dos mesas largas*” y otra “*para su señoría*” donde se aposentaban las autoridades de la villa —laicas y eclesiásticas—, tras marchar en romería, “*acompañados de todos los niños de la dicha çidba*”²¹. También el Corpus Christi se conmemoraba con una procesión —esta vez solemne— y un pequeño ágape “*con algunos conbidados*” en su casa²². El día de San Juan, en cambio, tenía un carácter marcadamente militar, ya que el condestable convocaba a todos los caballeros de la villa y, tras cabalgar con buena parte de ellos hasta el río y engalanarse con flores y con ramas, volvía después para escaramucear con el resto y jugar a las cañas en el mercado del arrabal y en la plaza de Santa María; luego, todos juntos desfilaban por las calles para acabar reuniéndose a las puertas del palacio, donde se servía “*vna colaçión*” de pan, frutas y vino, que luego se extendía al resto de la población²³. Idéntico ritual —y prácticamente en los mismos escenarios— se repetía durante la fiesta de Santiago, mientras que el día de la Virgen de agosto se celebraba, en cambio, con diferentes actos religiosos en la “*yglesia mayor*” —que se prolongaban incluso durante todo su ochavario— y con una corrida de toros por la tarde que tenía lugar en la plaza del arrabal y que don Lucas contemplaba con su mujer y los suyos desde los estrados de “*la casa del mirador*”, tomando al acabar un ligero refrigerio compuesto de frutas y vino²⁴. La festividad de San Lucas —el 18 de octubre— gozaba, sin duda, de una relevancia especial, ya que coincidía con la onomástica del condestable; los actos se iniciaban “*tres o quatro días antes*”, con un convite a “*los señores de la yglesia mayor e... a los clérigos de la vniversidad*” y continuaban después, en la víspera, con una vigilia y una procesión en la iglesia que se repetía de nuevo a la mañana siguiente para culminar con una misa solemne y “*vna colaçión en la... capilla*” en la que participaban todos los asistentes; más tarde, al salir de la iglesia, “*los regidores e jurados e todos los otros caballeros... jugauan cañas... por reuerençia*” hacia su persona y terminaban compartiendo un nuevo refrigerio “*a las puertas de su posada*”, en la manera que vimos el día de San Juan²⁵. También predominaba ese carácter familiar durante las fiestas de Todos los Santos y de los “*finados*”, en las que el condestable y su esposa, Teresa de Torres, rezaban por las ánimas de sus padres y parientes en las respectivas capillas que se habían hecho erigir en el interior de la catedral y tomaban parte en la procesión y en los oficios religiosos con los que se recordaba a todos los difuntos, dejando a cambio una sustanciosa

²¹ IDEM, pp. 167-168.

²² IDEM, p. 170.

²³ IDEM, pp. 170-176.

²⁴ IDEM, p. 177.

²⁵ IDEM, pp. 178-180.

ofrenda²⁶. Por último, la concepción de la Virgen era celebrada por Lucas de Iranzo con particular fervor –compartiendo de nuevo mesa con los clérigos–, exactamente igual que la fiesta de Santa Lucía –el 13 de diciembre– con la que, según se nos dice, se encontraba en deuda “*por un voto que fizo*” en tiempos pasados²⁷.

Así pues, a tenor de lo expuesto, parece confirmarse el extraordinario interés que las fiestas y, en particular los banquetes, despertaban en nuestro condestable; su celo, sus constantes desvelos para encandilar a los comensales, han quedado patentes en los diferentes eventos que hemos comentado. Pero la nómina de sus celebraciones no se agota ni mucho menos aquí; junto a ellas, habría que contemplar todas las relacionadas con el ejercicio de sus actividades gubernativas, que gozan también de un marcado protagonismo en la crónica; es el caso, sin ir más lejos, de los alardes, que don Lucas promueve con denuedo para “*acreçentar la cauallería de Jahén*” y que se realizan dos veces al año, a primeros de marzo y de septiembre, en los que después de pasar revista a las tropas y de comprobar su capacidad de combate, se ofrecía a todos los asistentes “*mucha fruta de durasnos e melones, e mucho pan e vino*”²⁸. Las recepciones a los embajadores, en unos tiempos en que la diplomacia no deja de ganar peso, proporcionaban un marco perfecto para mostrar la capacidad de Lucas de Iranzo al frente de la labor del gobierno; en este sentido, ya hemos reseñado cómo se esmeraba para agasajar a Juan de Fox, el delegado del monarca francés, y el papel crucial que desempeñaban las comidas, pero otro tanto podría decirse cuando recibe al “*alcayde de Canbil e otros tres o quatro caualleros moros*” en 1463, a los que honró con todo tipo de espectáculos, pero sobre todo con una fastuosa cena “*de muchas gallinas e perdices e cabritos, e pasteles y quesos frescos, y quesadillas y otras frutas*”, que se cerró, al ser martes de carnaval, con esa jocosa batalla de calabazas que dejó perplejos a los moros²⁹. Esta conducta, propia de un gran anfitrión, pero a la par de un experto gobernante, se repite una y otra vez en distintos pasajes de su crónica, pero alcanza su máxima expresión cuando a quien se homenajea es precisamente al Rey; el recibimiento que organiza a Enrique IV en Jaén, al que acompañaba durante su campaña militar contra los musulmanes en 1464, no puede ser más deslumbrante –con juegos de cañas en las puertas, reverencias solemnes de las autoridades, ejércitos de niños, disparos de espingardas y, por supuesto, música por doquier–, pero una vez más el broche de oro se consigue en la cena de palacio en la que el propio condestable “*le siruió de maestresala e trinçante e la señora condesa... le dio el aguamanos e la copa*”, demostrando a cuantos lo presenciaron que difícilmente podría haber encontrado vasallos más leales y

²⁶ IDEM, pp. 180-181.

²⁷ IDEM, p. 182.

²⁸ Nada menos que 1.200 jinetes el 4 de septiembre de 1463 y muchísimos más aún al día siguiente, al incorporarse los “*uallesteros de nómina*”; *Hechos del Condestable*, pp. 137-141.

²⁹ IDEM, pp. 109-112.

discretos³⁰; la comida, por tanto, vuelve a ser el epicentro en una ceremonia cargada de un claro trasfondo político.

Finalmente, dentro de este repaso a los festines organizados por Lucas de Iranzo, habría que referirse también a los diferentes fastos que se realizan con motivo de las bodas, los nacimientos y, en menor medida, los funerales bien del propio condestable o bien de los miembros de su familia; son acontecimientos, en principio, característicos del ámbito doméstico, pero que, dada la dimensión pública de sus protagonistas, adquieren también un hondo significado político. Así, por ejemplo, las “*magníficas bodas*” de su señoría con Teresa de Torres en enero de 1461 se convierten de inmediato en todo un fenómeno social que conmueve y llena de alegría a los ciudadanos y a los muchos extranjeros que abarrotaban las calles de Jaén; el desfile nupcial, contemplado por multitudes, la música y los bailes, las corridas de toros, los juegos y espectáculos que se suceden ininterrumpidamente durante 23 días sacuden y transforman la fisonomía urbana, pero son una vez más los banquetes —y, en particular, el de la noche de bodas— los que ciertamente despiertan mayor expectación; si la cena de gala estuvo a la altura “*del más alto príncipe del mundo*”, no fue menor el asombro provocado por la decisión personal del propio condestable de repartir raciones y “*mill pares de gallinas e muchos carneros e vacas*” por toda la ciudad³¹. Algo similar ocurre cuando nacen sus hijos —Luisa en 1465 y Luis en 1468—; de hecho, nada más conocerse la noticia, anunciada por “*tronpetas y atabales*”, las gentes se lanzaron a la calle “*dando muchas gritas e boces por todas las plaças*” y abandonando sus quehaceres, un gesto que el condestable agradeció ordenando que a la caída de la noche se encendieran “*muy grandes fuegos en todas las plaças e a las puertas de las iglesias... en las quales asauan muchas aves e cabritos e casi toçinos enteros. E comían e beuían todos los que querían*”³²; así pues, la comida de nuevo vuelve a convertirse en el epicentro de la fiesta que en estas ocasiones se prolongaban 8 días. Por lo demás, y aunque no tengamos espacio para detenernos en ello, es evidente que la magnanimidad de Lucas de Iranzo se extendía también a las bodas de sus vasallos y criados en las que con frecuencia ejercía el cargo de padrino.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN: EL BANQUETE Y SU SIGNIFICADO POLÍTICO

El repaso a las innumerables fiestas que se realizaban en la pequeña corte jiennense del condestable Lucas Iranzo ha puesto continuamente de relieve la trascendencia que en ellas tenían los banquetes; su variedad, el exquisito mimo con el que se preparaban para cada evento y para cada ocasión, demuestran que indudablemente se han convertido en uno de los escaparates preferidos para exhibir la honra y el buen quehacer político

³⁰ IDEM, pp. 195-196.

³¹ IDEM, pp. 41-58, en especial las pp. 45-47.

³² IDEM, pp. 257-262 y 376-380. Las citas proceden concretamente de la p. 258.

conseguidos al frente del gobierno. Pero, puestos a hacer un balance de conjunto, podemos apuntar algunas conclusiones; la primera —y la más obvia— es el entusiasmo que los cronistas ponen a la hora de expresar su elegancia y sensibilidad política cuando comparte mesa con el rey o con los diferentes responsables de los poderes públicos afincados en Jaén. Para cada uno tiene un trato singular; actúa como vasallo, incluso como maestresala personal a su servicio, cuando recibe a su rey, Enrique IV, con el que mantuvo notorios desencuentros; acoge también a los regidores, alcaldes, jurados y altos cargos municipales y se sienta con ellos en las principales fiestas como Navidad, las Pascuas de Resurrección o Pentecostés, fomentando la imagen de estar siempre al tanto de sus inquietudes; se preocupa —y mucho— por favorecer al notable grupo de los caballeros, impulsando como vimos los alardes que permitían acceder a dicha élite social o invitándoles a participar en las ceremonias de carácter militar como, por ejemplo, las de S. Juan o Santiago; no descuida tampoco a los eclesiásticos, con los que procura comer en las principales fechas del calendario cristiano, como en Navidad, Pentecostés, Todos los Santos, etc.; es más, al estar enemistado con el poderoso obispo de Jaén, exiliado de la villa, mima especialmente a los clérigos de la catedral, reuniéndose con ellos numerosas veces para almorzar o cenar en la capilla del cabildo. Es, por consiguiente, un perfecto anfitrión, capaz de equipararse con los más altos dignatarios de la Corona de Castilla.

La segunda conclusión es quizá más novedosa y tiene que ver con el protagonismo que concede a los grupos populares; lo acabamos de comprobar al narrar las fiestas de sus bodas o en las del nacimiento de sus hijos, pero sus desvelos hacia ellos están siempre presentes en casi todos los banquetes; de hecho, son constantes las referencias en el texto que recogen la presencia de la “*gente del comun que, sin ser conbidados a comer se vinieron; segund que lo han de costumbre en todas las fiestas e conbites queste magnánimo señor facía*”³³. Una prueba más de sus ansias de contar con el apoyo popular nos la proporciona lo mucho que disfruta participando con ellos en las jocosas batallas de calabazas y huevos que tenían lugar en los carnavales y en la Pascua de Resurrección; su presencia en estas celebraciones, en la que se materializa ese “hibridismo cultural” que constata P. Burke³⁴, trasciende sin duda de la mera anécdota y nos habla claramente de la creciente importancia que se concede al común a la hora de justificar la cultura política del buen gobierno que se está abriendo camino en el otoño de la Edad Media.

³³ IDEM, p. 134

³⁴ BURKE, P., *Hibridismo cultural*, Madrid, Akal, 2010.